

Elogio a los repasadores



Mary Luz Borrego

Hace ya unos cuantos años, cuando los repasadores comenzaban a nacer e incluso ejercían de forma ilegal, muchos se cuestionaron qué pintaban esos personajes emergentes en el sistema de enseñanza cubano, absolutamente gratuito y ponderado incluso por expertos internacionales, gracias a sus meritorios resultados en toda la región.

No pocos se negaron de plano a gastar su dinero en estos “aprovechados” e incluso algunos promovieron una cruzada o especie de cacería de brujas porque los creyeron innecesarios, violadores de la ley y, sobre todo, de los cánones establecidos durante décadas en el país.

Después, en el 2013, el oficio de repasador se convirtió en una modalidad del trabajo por cuenta propia y comenzó a ganar adeptos no solo en los cursos terminales de cada nivel de enseñanza, sino desde primero y hasta duodécimo grados, como una especie de calzo imprescindible para obtener buenos resultados ante esas varillas del conocimiento que parecen elevarse más.

A través de los años, este asunto ha movido criterios encontrados: que si los repasadores no son necesarios porque el aprendizaje constituye una responsabilidad de la escuela, que cada vez suben más su tarifa, que no todos los padres pueden pagar y se establece una desigualdad entre los muchachos, que algunas familias los utilizan porque están de moda y otras por comodidad para desentenderse de las

tareas, los trabajos extraclases y todo ese largo y a veces tortuoso camino de la enseñanza.

Pero, más allá de los particulares puntos de vista de cada quien, hasta los más enajenados en el fondo saben que la educación de las nuevas generaciones constituye una responsabilidad conjunta de la escuela y la familia.

Sin embargo, quienes tenemos hijos en edad escolar también tropezamos cada día con las múltiples lagunas —y a veces hasta océanos— que padece hoy el sistema educacional cubano: claustros incompletos, algunos maestros y profesores sin los más elementales conocimientos sobre las materias que imparten, pérdida de tiempo en los planteles, falta de organización en los procesos, desinterés y desmotivación en no pocos docentes, dogmas en los exámenes y un largo etcétera que no excluye alguna que otra turbiedad fraudulenta y corrupta por demostrar.

En ese escenario, que no constituye generalidad ni excepción, algunos hogares se desentienden y dejan a la suerte a sus hijos, mientras que otros —incluso no tan solventes— optan por escurrir los bolsillos en nombre del futuro de sus descendientes.

Tampoco faltan algunos padres que, aunque quieran, no pueden pagar ese conocimiento extra porque escoger en la disyuntiva entre comer o estudiar no admite titubeos.

En la actualidad, difícilmente algún alumno que aspire a ingresar a la Universidad pueda prescindir de los repasadores, porque incluso aquellos padres con elevado nivel educacional y deseos de ayudar, cuando avanzan los grados de escolaridad, no dominan todas las materias ni cuentan con un conocimiento actualizado sobre tan diversos temas.

Aunque, en teoría, los maestros que se mantienen

en los centros escolares llevan el mayor peso y responsabilidad en los resultados de los estudiantes; cuentan con la metodología, el espacio y el tiempo idóneos, así como con la actualización continua y los programas al dedillo, lamentablemente no todos aprovechan ese lugar privilegiado.

Muchos jóvenes que acaban de culminar el duodécimo grado y se presentaron a las pruebas de ingreso a la Educación Superior confesaron a Escambray que sin el refuerzo de estos profesores particulares resultaría imposible alcanzar buenas notas en tan exigentes exámenes.

Ellos y sus padres se preguntan cómo vencerán este camino las generaciones que les suceden porque la mayoría de los repasadores y muchos de los mejores educadores que se mantienen hoy en las aulas ya peinan canas; mientras las carreras pedagógicas despiertan poco interés entre los jóvenes porque impartir clases frente a un aula siempre ha sido un duro oficio, pocas veces remunerado como merece.

Puede que algún repasador cobre demasiado o le niegue el espacio en su aula a quien no pueda pagar, puede que otro sea un improvisado en la materia que imparte o —si es maestro en activo— en la escuela no se esmere igual, pero por lo general estos han demostrado ser excelentes educadores que instruyen de verdad a los muchachos.

La Cuba de hoy poco se parece a la de los florecientes años 80 y aquel sueño maravilloso de que todos los jóvenes cursaran estudios universitarios parece un lejano espejismo. No todas las familias mantienen ese interés porque muchas veces los graduados de nivel superior resultan menos exitosos que un revendedor o un botero, o porque no pueden pagar lo que graduarse en la Universidad cuesta, aunque el sistema de enseñanza en Cuba continúe oficialmente gratuito.

Y dicho este merecido elogio a los repasadores falta recordar una verdad como un templo: el resultado académico de nuestros hijos invariablemente va a depender más de ellos que de cualquier docente o padre, porque con interés y estudio —amén de la inteligencia natural de cada quien— siempre van a encontrar respuesta propia a todas las preguntas para conquistar por sí mismos las más auténticas cumbres del saber.

Una madre que regresó de la muerte

Con 34 años escasamente, Leydis Sánchez Brito ha regresado de la muerte en tres ocasiones, y la última vez —hace solo unas semanas—, la bebé llegó primero que la madre al hogar allá en Las Minas de Jarahueca, Cabaiguán, un caserío levantado encima de lomas suaves, al lado de la carretera Sancti Spíritus-Yaguajay.

En la distancia, acortada por la llamada telefónica, el llanto de su tercer hijo, la niña que nombraron Eileen de Regla, reclama la presencia, el arrullo de la mamá, a quien tanto extrañó luego de nacer el 19 de octubre.

Esa historia empezó en la noche profunda del 25 de septiembre último, cuando Leydis acudió al Cuerpo de Guardia de la Maternidad, en el Hospital General Provincial Camilo Cienfuegos, de Sancti Spíritus. Tenía apenas 35.4 semanas de embarazo y aquellos dolores, que nada bueno presagiaban.

Aunque no presentaba dinámica de parto, su historia clínica alertaba a los médicos: dos precedentes habían sido por cesárea con complicaciones debido a hemorragias, originadas por trastornos en las plaquetas y, por consiguiente, en la coagulación.

Aquella noche de septiembre, no solo ánimo encontró en el personal médico de turno en el Cuerpo de Guardia; igual ocurrió una vez ingresada en la sala. Cada paso del protocolo de atención fue seguido al pie de la letra; sin embargo, a pesar de la preparación de rigor, con la cesárea llegó la hemorragia que parecía incontrolable; apenas tuvo tiempo de conocer a la hija. Otra vez al salón, donde le practicaron una histerectomía obstétrica.

Casi de inmediato, la madre ingresó en la Unidad de Cuidados Intensivos debido a su estado crítico. Al cabo de varios días, despertó y creyó verse en una sala de maternidad. Enseguida, le informaron dónde estaba y qué le había sucedido. Cuando le indicaron que podía sentarse, lo hizo; mas, la atacó un fuerte dolor de cabeza. “Pensé que me había dado un golpe”, relata. Nada de ello; padecía de una hemorragia subaracnoidea, asociada a sus problemas hematológicos, advirtió el doctor Cosme Pulido Espinosa.

“Cuando el dolor de cabeza era muy intenso, le agarraba la mano al médico y no lo dejaba ir de mi lado; con una paciencia tremenda, allí se quedaba”, evoca Leydis, quien permaneció 21 días en Terapia Intensiva.

De vuelta a la sala, una idea seguía rondándole: “Creía que no podría caminar jamás”. Por fortuna, ese fantasma no fue más que fantasma, y bajo el seguimiento de los especialistas en Ginecología, Hematología, Neurología, Imagenología... recuperó la confianza y empezó a dar los primeros pasos con la emoción que lo hace



Enrique Ojito Linares

un niño a los pocos meses de venir al mundo.

“No conocía a ningún médico de Terapia Intensiva ni a los otros que también me atendieron —resalta—; pero lo hicieron con un amor, con una paciencia..., hubo momentos en que me puse medio malcriada. Sé que ese es su trabajo, sin embargo, sería injusto que no lo reconociera”.

—¿Su familia tuvo que llevar alguna medicina para el tratamiento, cuando usted permaneció ingresada?, preguntamos, a sabiendas de que el déficit de ciertos fármacos también ha impactado la atención hospitalaria.

“No, no. Incluso, mi familia les dijo que si hacía falta algún medicamento, lo podía comprar afuera, en la calle, pero no hizo falta”.

Mientras Leydis pugnaba por la vida en la Unidad de Cuidados Intensivos, le daban el alta médica a su hija. Varias semanas debió esperar la mamá para recibirla y conocer realmente a la bebé, que ahora mismo la reclama con un llanto desde la cuna en su hogar, allá en Las Minas de Jarahueca.

En el discreto caserío, los hermanos de la niña, de ocho y diez años, juegan alrededor de la nena y su madre, a quien —según narra y le narraron— la hemorragia interna le jugó una mala pasada por tercera ocasión, mucho peor que las anteriores, como lo confirma su esposo, el chofer Kindelán.

Graduada de instructora de Arte y de licenciatura en Derecho, esta joven sabe que cada 10 de diciembre el mundo celebra el Día de los Derechos Humanos, fecha en que en 1948 la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Leydis no piensa con cabeza ajena y ha vivido en carne propia cómo han sido protegidos sus derechos a la maternidad, a la salud; pero, sobre todo, su derecho a la vida, por la cual lidió, como legionarios romanos, el personal médico y paramédico “con un trabajo en equipo admirable”, añade.

Gracias a ellos, esta madre regresó nuevamente de la muerte, y a su debido tiempo retornará a la escuela de su localidad a impartir su taller de Artes Plásticas. Mientras tanto, la imagino como la Madonna Litta, de Leonardo da Vinci, dándole el pecho a la bebé, cubierta con un manto azul, el mismo azul que entra suavemente por las ventanas de la casa.

